

De paseo a la muerte



Marcelo Méndez

Néspolo, Jimena (2018).

¿Quién mató a Cafrune? Crónica de la muerte de la canción militante. Buenos Aires: Tinta Limón, 166 páginas

Jimena Néspolo escribió la necesaria biografía de Jorge Cafrune, uno de los más brillantes cantores folklóricos de los años sesenta y primeros setenta, edad dorada de la música folklórica argentina. Cafrune, de origen jujeño, recorrió con su guitarra todo el país. De hecho, señala Néspolo, “alcanzó la fama a través de la recolección y el armado de potentes repertorios seleccionando autores provenientes de los rincones más dispares del territorio” (p. 11). Por tanto, contra las figuras más ampulosas del género, Cafrune “actualizó la estampa del paisano de a pie que dialoga de igual a igual con su gente” (p. 11). Atropellado cuando unía a caballo Buenos Aires con Yapeyú, en homenaje al General San Martín, algo que la biografía llama “proyecto ciertamente suicida” (p. 72), murió en febrero de 1978. Las voces populares y las formas más atendibles del sentido común atribuyeron rápidamente el crimen a la dictadura militar, aunque nunca pudo desestimarse del todo que hubiera sido un accidente. De ahí, en parte, el *¿Quién mató a Cafrune?* con que Néspolo titula su biografía.

Singulariza al libro el ingreso a sus páginas de materiales que reponen el entramado cultural por el que se movió Cafrune. Caso testigo, la industria cultural de aquellos años, que lo tiene entre sus animadores: la radio, la televisión y el cine se llevan bien con ese hombre de atavíos gauchos y sabia guitarra. Radio, TV, revistas llevan su canto y sus opiniones hacia todos los puntos cardinales.

Sin abandonar este hilo, Néspolo repasa la historia de las investigaciones sobre folklore en la Argentina. Recompones así un saber siempre en riesgo de perderse. Reflexiona sobre la obra de Ricardo Rojas, la de Augusto Raúl Cortázar y la de Juan Alfonso Carrizo, que así se suman al conjunto. El folklore es aquí materia de estudio. El que se larga a los gritos no escucha su propio canto, sentenció Yupanqui, y la biografía demuestra que Cafrune, conocedor y difusor de ese conocimiento, no era uno de esos.

El giro más ingenioso en esta suma de tópicos que explican la trayectoria artística de Cafrune es la

incorporación de los padres de la autora a la biografía: “la biografía siempre es un relato que cuenta no solo su objeto sino también su propio origen”, escribió Carlos Surghi, y aquí la inscripción familiar se liga a ese origen: los discos de Cafrune sonaron en casa de los Néspolo, desde cuando había en ella niños que apenas comprendían sus palabras. Los mismos discos pasaron a sonar bien bajo durante la dictadura. Y resurgieron, siempre ligados a la vida familiar.

Entreverada en una página del libro se encuentra una síntesis de este juego entre la escritora profesional y su intimidad familiar. Como es canónico, Néspolo viene narrando en tercera persona: “Cafrune salta de un hemisferio a otro: pesa más de cien kilos pero tiene la destreza de un acróbata, de un saltimbanqui, de un colibrí. Y cuando recita el poema *A Roosevelt* parece que fuera el mismo Rubén Darío que con su voz de fuego hablara sólo para mí” (p. 86). “Sólo para mí”. Salto a primera persona que sorprende y cambia el ángulo desde el que se enuncia. La voz que analiza de pronto se integra a lo analizado. La biografía de Cafrune se completa con un matiz autobiográfico de la autora.

Tal vez la biografía de los ídolos populares argentinos no puede prescindir de un admirador que esté presente junto a ellos, como sinécdoque de ese Otro masivo que los ungió. Carlos Gardel, en el barco que lo devuelve a Buenos Aires, canta la frente marchita de su vuelta para Tito Lusiardo, que escucha fascinado. Y Justo Suárez, en el “Torito” de Cortázar, le desgrana su apogeo y caída al Ñato, personaje que lo acompaña en aquella “larga noche de invierno”.

Beatriz Sarlo sostuvo que era “muy difícil imaginar una vida de Borges por fuera de la literatura”. De Cafrune y el folklore se puede decir lo mismo. Cafrune recorre la Argentina a caballo y arma su cancionero, reformula a Atahualpa, desde la novedosa figura de autor desplazado que asume –en una cultura dada al intertexto– para volver al payador perseguido más combativo y accesible al gran público. Su voz suena, entre tantos, en casa de los Néspolo, felices porque

Cafrune ha comprado una chacra bastante cerca de donde ellos viven. Como los académicos del folklore, además, Cafrune es un experto en esa rama de la cultura popular. El texto de alguna manera postula que Cafrune compendia el folklore sobre su figura.

Si los elementos que Néspolo incorpora a la biografía son el andamiaje para que la vida de ese hombre, de barba frondosa y sombrero de ala ancha retratado en la tapa de los discos, salte del vinilo y discurra, articulando parte a parte una suerte de totalidad, a la vez, vida y muerte de Cafrune versionan una época agitada. Afincado en la cultura, el personaje señala hacia la política.

A partir del *¿Quién mató a Rosendo?* de Rodolfo Walsh, se asocia ese sintagma (quién mató a Rosendo, a Cafrune, a Nisman) a la recomposición literaria del sistema criminal. No importa que Rosendo haya sido un sindicalista de poca monta y Cafrune una estrella del folklore, tienen en común su poder de mostrarnos la totalidad en la que actuaron hasta ser asesinados.

Cafrune pasa los primeros años de la dictadura en España. No está exiliado, pero poner distancia parece prudente. A su popularidad inoxidable, de la que los dictadores siempre sospecharán, cabe agregar que en 1973 cantó “La vuelta del Montonero”, que Néspolo considera un momento de fuerte cercanía simbólica con la izquierda del peronismo. También los represores recuerdan esas cosas, como advertía José Pablo Feinmann al acentuar que los represores franceses veían “La batalla de Argel”.

Finalmente se produce un hecho inesperado: “fue al enterarse de que su padre estaba grave, que Cafrune decidió adelantar su viaje a la Argentina”. De hecho, el padre muere pronto y el hijo decide quedarse para el Festival de Cosquín de enero de 1978.

Dos episodios de la biografía caminan rodeando ese círculo de vacío y sospechas que es la muerte de Jorge Cafrune.

Uno de ellos es el festival coscoíno de aquel año, monitoreado por los militares, que condensa varias de las líneas más importantes de la biografía. Para empezar, en ese marco se desarrolla una de las hipótesis más fuertes sobre la muerte de Cafrune. Néspolo

presenta el testimonio de Celia Teresa Meschiatti, por entonces detenida-desaparecida en La Perla y llevada por la fuerza a las adyacencias de la plaza, que escuchó la voz inconfundible de Cafrune cantando y a los militares que estaban con ella mascullando que iban a matarlo.

Dispara la amenaza el hecho de que Cafrune se largue a cantar canciones prohibidas. En realidad, Cafrune se subleva cuando ve prohibida “Zamba de mi Esperanza”. De acuerdo al texto de Néspolo, “tal grado de estupidez sobrepasa toda expectativa, así que Cafrune decide no darse por enterado”. Canta la famosa zamba y se va del escenario cuando vienen subiendo unos uniformados a buscarlo. Ya no se trata de la picardía con la que en 1962 hace subir al escenario por su cuenta y riesgo a Mercedes Sosa, que así se hace conocida. Ahora su audacia tiene otras consecuencias.

Como es de esperar, la cabalgata final del cantor entrega nuevas sospechas sobre su muerte. Cafrune, amenazado, avanza con su tropa al costado del camino. Se trata de una oscura ruta del conurbano bonaerense. Lo atropella un joven de 19 años que maneja borracho. El problema es que este joven borracho trabajó en el Ministerio de Bienestar Social de López Rega. Todo un flanco de sospechas se reflota. Con todo, nadie puede descartar en forma definitiva la posibilidad del accidente.

“Me estoy desangrando por dentro”, alcanza a decirle Cafrune a su amigo Gutiérrez. Recorren en vano salas de primeros auxilios. Muere antes de llegar al hospital de Vicente López.

El libro se cierra, esta vez sí, en un hospital, con un cuento campero sobre caballos. La narración está a cargo del padre de la autora. Su madre es la paciente. Es un final notablemente válido con el biografiado ausente. Pueden argumentarse diferentes razones. Tal vez el logro esté en que sugiere una continuidad cultural entre Cafrune y los argentinos. Tal vez en la potente idea de que esos saberes sobreviven a Cafrune, tal vez en que escribir la biografía de un hombre solo sea imposible y Jimena Néspolo haya decidido subrayarlo así: con su padre ensayando un decir criollo, parte mínima de un acerbo que, más allá de represores y censuras, siempre encuentra ocasión para actualizarse.